III.

Mientras se alejaba, en su malestar, poseído de una invencible repugnancia à permanecer allí más tiempo, divisó al Sr. de Guersaint arrodillado cerca de la Gruta, absorto, rogando con toda su fe. No había vuelto à verle desde su llegada; ignoraba si había conseguido alquilar dos cuartos, en el fondo de algún hotel, y su primer impulso fué ir á interrumpirle. Luego vaciló, no queriendo turbar su recogimiento, pensando que rogaba, sin duda, por su hija, á quien amaba con delirio, á pesar de sus continuas distracciones de cerebro inquieto. Y fuese à perder entre los árboles. Daban las nueve; por tanto, disponía de dos horas.

La ribera silvestre en que antes pacían los puercos, había sido transformada, à fuerza de dinero, en un paseo hermoso, à lo largo del Gave, cuyo lecho habían tenido que apartar, á fin de ganar el terreno necesario y hacer un malecón monumental, con una ancha acera resguardada por un parapeto.

El paseo iba á parar á una colina, á dos ó trescientos metros de la Gruta, y estaba provisto de bancos y abrigado por magníficos árboles. Nadie pasaba por allí, solamente llegaban los desbordamientos de la muchedumbre. Aún se encontraban sitios solitarios, entre la musgosa pared que cerraba el paseo por la parte del Mediodia, y los vastos campos que se extendían hacía el Norte, al otro lado del Gave; umbrosas laderas, animadas por las blancas fachadas de los conventos.

En los ardorosos días de Agosto se disfrutaba allí de una frescura deliciosa, bajo las umbrías, al borde de las corrientes.

En seguida, Pedro se sintió descansado, como si saliera de un sueño penoso. Se interrogaba, preocupado de sus sensaciones. Por la mañana había llegado á Lourdes con el deseo de creer, con la idea de que ya empezaba á creer otra vez, como en los años dóciles de su infancia, cuando su madre le hacía juntar las manos, enseñándole á creer en Dios, y apenas se había encontrado delante de la Gruta, cuando la idolatría del culto, la violencia de la fe, el asalto contra la razón, acababa de mortificarle hasta el desfallecimiento.

¿Qué iba á ser de él? ¡No podía siquiera tratar de combatir su duda, aprovechando su viaje para ver y convencerse? Mal principio era aquel para animarle. Pero el espectáculo de la naturaleza; los hermosos árboles que le protegian con su sombra; las claras aguas del torrente; aquel paseo tan fresco y tranquilo, todo concurrió à reponerle de la sacudida.

Al llegar al extremo de la alameda, tuvo un inesperado encuentro. Vió à un anciano, alto, abrochado en una larga levita, y cubierto con un sombrero de anchas alas, que venía hacia él. Pareciale conocer aquel rostro pálido, de nariz aguileña y de ojos muy negros y penetrantes.

Pero la larga barba blanca y los bucles blancos de sus largos cabellos le desorientaban. El viejo se detuvo también con aire de asombro.

-¡Como! |Pedro! |Usted en Lourdes!

Bruscamente, el joven cura reconoció al doctor Chassaigne, el amigo de su padre, su propio amigo antiguo, que le había curado, y reanimado, durante su terrible crisis física, y moral, después de la muerte de su madre.

-¡Ah, mi buen doctor, cuanto me alegro de verle!

Ambos se abrazaron con grande efusión. Ante aquella nieve de los cabellos y de la barba; ante aquel andar lento y aquel aire infinitamente triste, Pedro recordaba el encarnizamiento de la desgracia que había hecho envejecer à aquel hombre.

Apenas habían transcurrido unos cuantos años, y le encontraba ater-

rado por el destino.

 $-_{\ell}$ No sabía usted que me había quedado en Lourdes? Es verdad que ya no escribo à nadie, ni estoy ya con los vivos, porque resido en el país de los muertos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y continuó con voz quebrantada: -Sentemonos en ese banco; recordaremos nuestro pasado, como en

A su vez, el cura se sintió ahogado por un sollozo. Sin encontrar otro tiempo. palabras que decir, murmuró solamente:

-¡Ahl ¡mi buen doctor! ¡mi viejo amigo! ¡le he compadecido con todo mi corazón, con toda mi almat

Era el desastre, el naufragio de una vida. El doctor Chassaigne y su hija Margarita, una adorable Muchacha de veinte años, habían ido á Cauterest, à instalar é la señora de Chassaigne, cuya salud les inspiraba serias inquietudes. Al cabo de quince días, iba mucho mejor, y proyectaba excursiones, cuando, bruscamente, una mañana, la encontraron muerta en la cama. Después de aquel golpe terrible, padre é hija se quedaron aturdidos por la traición de la suerte. El doctor, que era natural de Bartrés, tenía en el cementerio de Lourdes una sepoltura de familia, donde yacían sus padres, y quiso enterrar en ella á su mujer, al lado del nicho vacio donde contaba que no tardaria, à su vez, en bajar à dormir el sueño eterno. Después de pasar allí una semana con Margarita, ésta murió en veinticuatro horas, sin que su padre, desesperado, pudiese darse cuenta exacta en la enfermedad. No fué el viejo abatido, sino la joven resplandeciente de hermosura, la que bajó al nicho vacío, al lado de la madre.

El hombre que ocho días antes se veía ayudado, adorado por dos

criaturas cuyo afecto mantenía el calor de su corazón, no era ya más que un viejo miserable, tembloroso y perdido, á quien helaba la soledad. Toda la alegría de su existencia, se había desmoronado; y le daban envidia los peones, que trituraban cascajo en las carreteras, al ver que mujeres, y niñas descalzas les llevaban el potaje. No quiso marcharse de Lourdes; lo abandonó todo, sus trabajos, su clientela de París, para vivir allí, cerca de aquella tumba donde su mujer y su hija dormían el áltimo sueño.

—¡Ah! ¡mi viejo amigo!—repitió Pedro - ¡Cuánto le he compadecido! ¡Qué horrible penal... Pero ¿por qué no acudió usted á las personas que le quieren? ¿Por qué se ha encerrado usted aquí en su dolor?

El doctor hizo un gesto que abrazaba al horizonte.

—No puedo irme. Ellas están ahí y me retienen... Todo se acabó. Espero que llegue la hora de descansar á su lado.

Nuevo silencio, interrumpido solamente por el arrullo y revoloteo de los pájaros entre el ramaje, detrás de los dos amigos, y por el murmullo de las aguas del Gave, que tenían delante.

En las vertientes de las colinas, el sol parecía condensarse en un lento polvo de oro. Pero debajo de aquellos copudos árboles y sobre aquel banco apartado, el fresco seguía siendo delicioso. A doscientos pasos de la muchedumbre, Pedro y el doctor estaban como en un desierto, pues nadie se apartaba de la Gruta para internarse en la alameda.

Hablaron largo rato. Pedro le refirió en qué circunstancias había llegado aquella misma mañana á Lourdes, con la peregrinación nacional, en compañía del señor de Guersaint y de su hija.

De pronto, anadió con sobresalto:

—¡Cómol doctor, ¿cree usted ahora en la posibilidad del milagro? ¿Usted, à quien conocí incrédulo, ó al menos de una completa indiferencia?

Le miraba estupefacto de lo que le oía decir de la Grula y de Bernadette; já él, cuya cabeza era tan firme y cuya inteligencia era tan exacta! ¡A él, cuyas poderosas facultades de análisis, había admirado tanto en otro tiempol ¿Cómo un espírito de aquella naturaleza, elevado y claro, desligado de toda fe, nutrido en el metodo y la experimentación había podido llegar á admitir las curas milagrosas, operadas por aquella divina fuente, que la Santa Virgen había hecho brotar bajo la mano de una niña.

—¡Pero, mi buen doctor, acuérdese usted! Fué usted mismo quien proporcionó à mi padre notas sobre Bernadette, su paisanita, como usted la llamaba; y también el que, más tarde, cuando me apasioné por esa historia, me habló extensamente de ella. Para usted la niña no era más que una enferma, una alucinada, una creatura semi-inconsciente, incapaz de tener voluntad propia... ¡Acuérdese usted de nuestras conversaciones, de mis dudas, de la sana razón que me ayudó à recuperar!

Y se emocionaba, porque la aventura era de las más extrañas. [Él, cura antiguamente resignado á la creencia, acabó de perder la fe al contacto de aquel medico entonces incrédulo, á quien ahora encontraba convertido y creyendo en lo sobrenatural, cuando él mismo agonizaba en el tormento de no creer!

—Usted, que no aceptaba más que los hechos exactos, y lo basaba todo en la observación!... ¡Renuncia, acaso, à la ciencia?

Entonces, Chassaigne, que hasta entonces, había permanecido apacible, con una triste sonrisa en los labios, hizo un gesto de violencia y de soberano desprecio.

—¡La ciencial ¡Por ventura se yo algo! ¡Quiero yo algo, acaso!...

Hace un momento, me preguntaba usted de que había muerto mi pobre

Margarita. ¡No lo se! ¡Me tienen por sabio, armado contra la muerte, y
no comprendi ni pude nada, ni siquiera prolongar una hora la vida de
mi hija! ¡Encontre a mi mujer fria en la cama, cuando se había acostado, la víspera, mejor de salud y más alegre, y no fuí capaz de prever
solamente lo que convenía hacer! No, no, para mí la ciencia ha hecho
bancarrota. No quiero ya saber nada. No soy más que un bestia, un
pobre hombre.

Decia esto furiosamente debelado contra todo su pasado de orgullo y de felicidad.

Después de haberse calmado, continuó:

—No tengo más que un remordimiento atroz, que me acosa y me impele á rodar siempre por aquí, entre la gente que ruega... el de no haber venido desde luego á humillarme ante la Grata, trayendo á mis dos amadas criaturas. Se hubieran arrodillado como todas esas mujeres que usted ve; yo me hubiera prosternado simplemente con ellas, y la Santa Virgen tal vez me las hubiera curado y conservado... Yo, jimbécil de míl ¡Sólo supe perderlas! La culpa es mía.

De sus ojos brotaron gruesas lágrimas.

—En mi infancia, pasada en Bartrés, recuerdo que mi madre, una campesina, me hacía juntar las manos para pedir cada mañana el auxilio de Dios. Aquella plegaria me vino á la memoria cuando volvi á encontrarme solo, tan débil y perdido como un niño. ¿Qué quiere usted, amigo mio? Mis manos se han juntado como entonces, porque me sentía demasiado abandonado y misero; porque experimentaba una vivísima necesidad de un auxílio sobrehumano, de un poder divino que pensase y quisiese por mí, para arrebatarme en su sabiduría eterna.

¡Abl ¡Qué confusión, los primeros días! ¡Qué desvario en mi triste cabeza, bajo el golpe que acababa de recibir! Pasé veinte noches sin dormir, pensando que iban á volverme loco. Toda clase de ideas entraban en lucha, A veces me indignaba, amenazando al cielo, para caer después en profundas humiltades. pidiendo á Dios que me llevase de este mundo... Por último me calmó una confianza cierta en la justicia

y en el amor, que me devolvió la fe. Usted conoció á mi hija, esbelta, hermosa, llena de vida. ¿No sería una injusticia monstruosa que no hubiese nada para ella, que no ha vivido, más alla del sepulcro?

Tengo la convicción absoluta de que ha de revivir, porque à veces la oígo decir que volveremos à juntarnos y à vernos. ¡Oh! ¡Volver à ver à los seres amados que hemos perdido; revivir fuera de este mundo con mi esposa y con mi hija!... ¡ Qué felicidad!... ¡Ahí está toda la esperanza, el único consuelo para los dolores de esta vida! Me he entregada à Dios,

porque sólo Dios puede devolvérmelas.

Agitábale un ligero temblor senil, y Pedro comprendía alfin aquella conversión, cuyo caso restablecía. Habían envejecido las facultades intelectuales de aquel sabio que volvía á su creencia bajo el imperio del sentimiento. Descubría una especie de atavismo de la fe en aquel pirenáico, hijo de campesinos montañeses, educado en la leyenda y de quien la leyenda volvían a apoderarse, á pesar de haber pasado por encíma de ella cinquenta años de estudios positivos. Tenía en cuenta el cansancio humano propio del individuo á quien la ciencia no ha proporcionado la felicidad y que se subleva contra la misma ciencia, el día en que le parece limitada é incapaz de evitar sus lágrimas. Por último se hacía cargo del desaliento, de la duda de todas las cosas que conducía á una necesidad de certeza, en el anciano enternecido por los años, satisfecho de adormecerse en la credulidad.

Pedro no protestaba ni hacía burla de aquella conversión, porque la decrepitud dolorosa del gran viejo abatido le desgarraba el corazón. ¡No de pena ver á los más fuertes y más claros de entendimiento, volverse niños bajo semejantes golpes?

—¡Ahl—murmuró casi para sí—¡Si yo sufriese bastante para acallar también mi razón, y arrodillarme allí, y creer en todos esos hermosos cuentos!...

La pálida sonrisa que todavía se dibujaba á veces en los labios del doctor Chassaigne, reapareció.

—Los milagros, no es cierto? Usted es sacerdote, hijo mío, y conozco su desgracia.... Los milagros le parecen imposibles. ¿Què sabe
usted? Diga usted que no sabe nada, y que lo imposibles, según nuestros sentidos. se realiza á cada minuto... ¡Vaya! Hemos hablado ya mucho. Van á dar las once y es preciso que se vuelva usted á la Gruta.
Pero le espero á las tres y media; le llevaré á la oficina de los reconocimientos médicos, donde espero enseñarle cosas que le sorprenderan...
No se olvide; á las tres y media.

Despidió al cura y se quedó solo en el banco! El calor había aumentados. Las colinas immediatas parecían andar, abrasadas por el sol. Y el viejo se complacía en meditar á la sombra, escuchando el murmullo continuo del Gave, como si le hablase una dulce y amada voz del otro

Pedro se apresuró à acercarse à María; lo que pudo hacer sin dificultad, porque el gentió era meno compato. Muchos peregrinos se habían ido à almorzar. Junto à la muchacha estaba el Sr. de Guersaint, quien quiso explicar su larga ausencia de la mañana. Había recorrido Lourdes en todos sentidos, llamado à la puerta de veinte fondas, sin encontrar un ricón donde dormir. Hasta los cuartos de las criadas estaban alquilados. Ni siquiera había disponible un colchón para tenderse en algún pasillo.

Por fin, cuando ya no esperaba encontrar nada, dió con dos cuartitos, en un sotabanco, pero en una buena fonda, en el hotel de las Apariciones, uno de los mejores de la población. Las personas que los habían hecho reservar, acababan de telegrafiar que su enfermo había muerto. Una suerte inaudita, que al buen señor le tenía contentisimo.

Dieron las once, y el lamentable cortejo de enfermos volvió á po-

nerse en marcha, por las plazas y calles llenas de sol.

Al llegar al hospital de Nuestra Señora de los Dolores, María suplicó à sú padre y à su amigo que se fuesen à almorzar tranquilamente à la fonda, que descansase después un rato y que no volviesen por ella hasta las dos, hora en que habían de conducir otra vez los enfermos à la Gruta.

Pero en el hotel de las Apariciones, después de almorzar, el señor de Guersaint, rendido de cansancio, se durmió tan profundamente que Pedro no se atrevió á despertarlo. ¿Para qué? Su presencia no era indispensable. Volvióse, pues, solo al Hospital.

El cortejo volvió à bajar por la avenida de la Gruta, desfiló à lo largo de la meseta de la Merlasse, atravesó la plaza del Rosario, en medio de un gentío que aumentaba por momentos, se estremecía y se persignaba, en medio del jubilo de que lo circundaba todo aquel admirable dia festival.

Nuevamente instalada ante la Gruta, Maria preguntó.

-Y mi padre, ino va á venir?

-Sí: descansa un rato.

Ella hizo un gesto de aprobación, y añadió con voz que acusaba una emocion profunda:

-Escuche usted, Pedro; no venga á buscarme hasta dentro de una hora para conducirme á las piscinas..... No estoy bastante en estado de gracia; quiero orar todavía más.

Después de haber deseado con tanto ardor llegar allí, agitábale un terror segreto en el momento de tentar el milagro. Como contase que no había podido comer nada; se le acercó una joven y le dijo:

-Senorita; si se sintiese usted demasiado débil, no olvide que aquí tenemos caldo.

María reconoció à Ramona. Como ella, había otras jóvenes encargadas de distribuir en la Gruta tazas de caldo y de lective ISDEN CENTUSVO LEGA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4040, 1625 MONTERREY, MEXICO

En los años anteriores, las hubo que llevaron sú coquetería al extremo de ponerse delantales de seda con ricos encajes; lo cual dió motivo á que se las impusiese un delantal de uniforme; hecho de modesta tela á cuadros blancos, y azules. A pesar de todo, Ramona había conseguido presentarse encantadora en medio de aquella sencillez, con su frescura y su aire atareado de linda ama de casa.

-Quedamos en que me avisará usted, y la serviré en seguida.

María le dió las gracias, diciendo que seguramente no tomaría nada. Después añadió, dirigiéndose al cura:

-Aún falta una hora, amigo mío.

Pedro quiso quedarse à su lado, Pero todo el sitio correspondía à los enfermos, y no permetían que lo ocupase nadie más.

Los mismos camilleros tenían que retirarse. Empujado por las oleadas de la muchedumbre, el joven cura fué á parar al lado de las piscinas, donde le detuvo un espectáculo extraordinario.

Delante del edificio en que estaban las bañeras, de tres en tres; seis para las mujeres y tres para los hombres, había un largo espacio, bajo los árbóles, cerrado por una cuerda atada á los troncos- Allí esperaban en torno, puestos en fila, los enfermos en sus carritos ó en los colchones de sus camillas; míentras que por el otro lado de la cuerda se agolpaba un gentío immenso y exaltado.

En aquel instante, un capuchino, de pie en medio del espacio libre dirigia las preces. Sucedianse las *Avemarias*, repetidas por la muchedumbre en un confuso murmullo.

De pronto, en el momento en que la Vincent, después de esperar mucho tiempo, pálida de angustia, entraba al fin con su preciosa carga, con su hija que parecia un niño Jesús de cera, el capuchino cayó de hinojos con los brazos en cruz, exclamando:

-|Señor! |Curad à nuestros enfermos!

Y repitio este grito diez, veinte veces exaltándose cada vez más, sollozando y besando la tierra. Pasó como un viento de delirio, abatiendo todas las frentes en el polvo.

Pedro se sintió profundamente conmovido por el sollozo de sufrimiento que salía de las entrañas mismas del pueblo. Empezaba por una plegaria, cada vez más fuerte; estallaba luego en una exigencia, y concluía por un grito de impaciencia y de cólera, ensordecedor y obstinado, para obligar al cielo.

«¡Señor! ¡Curad à nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad à nuestros enfermos!...

Y el grito no cesaba.

Pero hubo un incidente. La Grivota lloraba à lágrimas viva, porque no querían bañarla.

—Dicen que estoy tísica y que no pueden sumergir à los tísicos en el agua fría.... Esta mañana han sumergido una; yo lo he visto. ¿Por qué

no me lo han de permitir á mí?.... Hace una hora que me mato asegurándoles de disgustar á la Santa Virgen. Siento que voy curar; estoy segura....

Como empezaba á promover escándalo, uno de los capellanes de las piscinas se acercó para calmarla.. Luego verían. Iban á consultar el caso con los reverendos padres. Si era prudente, la bañarían quizá.

Y el grito continuaba:

»¡Señor! ¡Curad à nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad a nuestros enfermos!...»

Y Pedro, que acaba de divisar á la Vetu, esperando también delante de las piscinas, no podía ya apartar los ojos de aquel rostro torturado por la esperanza, con la mirada fija en aquella puerta por donde las elegidas salían curadas. Pero un aumento de frenesi, una verdadera rabía de súplica, le conmovió hasta arrancarle lágrimas. La Vincent reaparecía con su hija en brazos, que acababan de sumergir en el agua fría. La pobre enfermita, con la cara mal enjugada, tenía los ojos cerrados y parecía más muerta que antes.

Su madre, crucificada por aquella larga agonía, desesperada en vista de la negativa de la Virgen, insensible al mal de su hija, sollozaba.

Y, sin embargo, cuando la Vetu entró à su vez, con el afán de una moribunda que va à beber la vida, el grito obstinado estalló otra vez, sin desaliento ni cansancio:

«¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad á nuestros enfermos!...»

El capuchino se había prosternado con la cara pegada al suelo, y la muchedumbre, rugiente, con los brazos en cruz, se comía la tierra á besos.

Pedro, quiso acercarse à la señora Vincent para dirigirle una palabra de consuelo; pero una nueva oleada de peregrinos le impidió pasar, arrojándolo hacia la fuente, sitiada por otra aglomeración de peregrinos.

A pesar de los doce grifos que manaban agua en la taza, habían tenido que formar colas. Muchos acudían á llenar botellas y cántaros. Para evitar la pérdida de agua. los grifos únicamente funcionaban al apretar un resorte. Muchas mujeres apoyaban mal con sus débiles dedos, y empleaban mucho tiempo en la operación, durante la cual se mojaban los piés. Las que no tenían nada que llenar, bebían al menos y se lavaban la cara.

Pedro observó á un joven que se bebió siete copitas de agua y se lavó siete veces los ojos sin enjugarse. Otros bebían en vasos de metal, en conchas y en bolsas de cuero.

Llamó particularmente la atención del cura el espectáculo de Elisa Rouquet, la cual, considerando inútil ir á las piscinas, para la curación de su horrible llaga, se contentaba, desde por la mañana, con lavarse en la fuente cada dos horas. Arrodillábase, apartaba la manteleta, apli-

caba sobre la llaga un pañuelo embebido del agua milagrosa, y en torno de ella, la multitud se precitaba con tal fiebre, que nadie reparaba en su monstruosa cara, y muchos se lavaban y bebían en el mismo caño en que ella mojaba á cada instante su pañuelo.

En aquel momento, Gerardo, que pasaba arrastrando al Sr. Sabathier á las piscinas, llamó á Pedro, á quien vió desocupado. Suplicóle que le siguiese para ayudarle, porque el atáxico iba á ser difícil de mover y de sumergir en el agua.

Por esta circunstancia, Pedro permaneció cerca de media hora en la piscina de hombres, donde se quedó con el enfermo, mientras que Gerardo iba por otro á la Gruta. Aquellas piscinas le parecieron bien dispuestas. Consistían en tres bañeras separadas por tabiques, y en las cuales se bajaba por unos escalones. A la entrada de cada una había una cortina, que se podía correr, para aislar al enfermo.

Delante hallábase una sala común, embaldosada, sin más muebles que un banco y dos sillas. En esta sala de espera se desnudaban los enfermos y volvían á vestirse con torpe apresuramiento, á causa de un inquieto sentimiento de pudor.

Había allí un hombre desnudo, medio envuelto en la cortina, que se ponía un vendaje con manos temblorosas. Otro, un tisico, horriblemente demacrado, temblaba con un resuello extraño y la piel livida, salpicada de manchas violáceas.

Pero quien llamó más poderosamente la atención de Pedro, fué el padre Isidoro, á quien sacaban de un baño. Estaba desmayado; de pronto le creyeron muerto; mas luego empezó á exhalar débiles gemidos. Causaba profunda pena ver aquel cuerpo consumido por el sufrimiento, como un girón humano, agujereado en la cadera por una llaga en supuración. Los dos hospitalarios que acababan de bañarlo, tomaban grandes precauciones para ponerle la camisa, por temor de que se les quedara muerto en las manos.

—Señor cura, va usted à ayudarme, ¿no es cierto?—preguntó el hospitalario que desnudaba el Sr. Sabathier.

Pedro se apresuró à prestarle ayuda, y entonces reconoció en aquel enfermero de tan humildes funciones al marqués de Salomón-Roquebert, que el señor de Guersaint le había enseñado al bajar de la estación.

Era un hombre de unos cuarenta años, de nariz aguilena y cara larga; último representante de una de las casas más antiguas y más ilustres de Francia, tenía una fortuna considerable, un palacio en París, calle de Lille, y tierras inmensas en Normandía. Cada año acudía por caridad á Lourdes, durante los tres días de la peregrinación nacional; pero sin ningún celo religioso, pues únicamente practicaba por las buenas formas. No quería ser nada más que simple enfermero; y aquel año le había tocado bañar infelices. Tenía ya los brazos rotos de fatiga, pues todo el día estaba ocupado en mover cuerpos inertes y en quitar y poner vendajes.

—¡Cuidado!,—decía;—Quitenle ustedes las medias poco á poco; no vaya á suceder lo que con el pobre hombre que visten ahi; con la media siguió la carne.

Dejó un instante al Sr. Sabathier para ir à calzar al hombre aludido. Al tacto, notó que el zapato izquierdo estaba húmedo por dentro. Miró y vió que la punta del zapato estaba llena de pus, y tuvo que ir à vaciarlo fuera, ante de ponerselo al enfermo, con infinitas precauciones, evitando tocar la pierna, atacada de una úlcera.

—Ahora—dijo à Pedro, volviendo al lado del Sr. Sabathier,—tire usted de los calzoncillos al mismo tiempo que yo, para sacarlos de una vez.

En la sala de espera, no había más que los enfermos y los hospitalarios encargados del servicio de las piscinas.

Tambien había un capellan, rezando Padrenuestros y Avenarias, porque las oraciones no habían de cesar un solo instante. Una simple cortina flotante cerraba la puerta que daba al ancho espacio protegido por la cuerda; y las ardientes preces de la multitud llegaban allí en un clamor continuo, al mismo tiempo que se oía la voz penetrante del capuchino, repitiendo sin cesar:

«¡Señor! ¡Curad à nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad à nuestros enfermos!...»

Por altas ventanas caía una luz fría en aquella estancia, donde reinaba una humedad continua y un olor de subterraneo impregnado de agua.

Al fin, el Sr. Sabathier quedó desnudo, con un pequeño delanta atado al vientre, por decencia.

—Haganme ustedes el favor de meterme poco à poco en el agua dice el paralítico.

El agua fría le horripilaba. Contaba que la primera vez experimentó una impresión tan fuerte, que juró no volver á bañarse. Según él, no había peor tortura. Además, como él decía, el agua no convidaba mucho, porque por temor de que faltase, los padres de la Gruta no hacían cambiar la de las bañeras más que dos veces al día; y como pasaban por la misma agua unos cien enfermos, calcúlese que terrible caldo llegaba á ser. De todo había al fin: coágulos de sangre, trozos de piel, costras, hilas, un horroroso consommé de todos los males, de todas las llagas, de todas las podredumbres. Era un verdadero cultivo de gérmenes infecciosos, una esencia de los contagios más temibles, y el milagro parecía consistir en salir vivo de aquel fango humano.

-¡Poco à poco, poco à poco!-repetía el señor Sabathier à Pedro y al marqués, que le habían cogido por los muslos para llevarlo al baño.

Y miraba el agua con un terror de niño: aquella agua espesa y de livido aspecto, sobre la cual flotaban lucientes placas sospechosas. En el borde, á la izquierda, había un coágulo rojo, como si alli hubiese reven-

tado un absceso. Trozos de trapo andaban como carnes muertas. Y era tal el horror que el agua fría le causaba, que prefería aquellos baños sucios de la tarde, porque todos los cuerpos que entraban concluían por calentarlos un poco.

-Vamos à deslizarlo à usted por los escalones-explicó el marqués

Luego encargó á Pedro que lo sostuviese fuertemente por debajo de los brazos.

-Pierda usted cuidado-dijo el cura;-no lo soltaré.

El Sr. Sabathier fué bajado lentamente. Ya no se le veia más que la espalda, que se extremecía hinchándose al contacto del agua. Una vez sumergido, echo atrás la cabeza en un espasmo; y oyose como un cruyido de huesos, mientras se ahogaba, respirando con ansiosa precipitación.

Inmediatamente, el capellán, de pie delante de la bañera, repitió con

nuevo fervor.

- Señor! ¡Curad à nuestros enfermos!... ¡Señor! ¡Curad à nuestros enfermosl...

El marqués repitió el grito, que era de reglamento para los hospitalarios, á cada inmersión. También tuvo que darlo Pedro, y era tan grande su piedad en presencia de tanto sufrimiento, que sentía renacer un poco de su antigua fe. Hacia mucho tiempo que no había rogado de aquel modo, deseando que hubiese en el cielo un Dios cuya omnipotencia puediese oliviar à la humanidad doliente.

Pero tres ó cuatro minutos después, cuando con dificultad sacaron del baño al señor de Sabathier, lívido y tembloroso, experimentó una tristeza más desesperada, al verle tan abatido y triste de no experimentar ningún alivio. ¡Otra tentativa inútil! La Santa Virgen no se había dignado escucharle, por séptima vez. Cerró los ojos y dos gruesas lágrimas brotaron de sus párpados, mientras lo vestían.

Pedro reconoció después al niño Gustavo Vignerón que entraba, con su muleta, para tomar su primer baño. La familia acababa de arrodillarse à la puerta. El padre, la madre y la tía, señora Chaise, daban prueba de una devoción ejemplar. La gente cuchicheaba diciendo que el Sr. Vignerón era un alto funcionario del ministerio de Hacienda.

En el momento en que el niño empezaba á desnudarse, corrió el rumor de que el padre Fourcade y el padre Massías llegaban bruscamente, ordenando suspender las inmersiones.

Iba à tentarse el gran milagro, el favor extraordinario solicitado ardientemente desde por la mañana: la resurrección del hombre fallecido en el tren.

En el exterior, continuaban las preces, un furioso llamamientos de voces que se perdían en el cielo, bajo el calor de la tarde. Dos hombres trajeron una camilla cubierta, que depositaron en el suelo, en medio de la sala.

Detràs venían el harón Suire, presidente de la Hospitalidad, y el Sr. Berthaud, uno de los jefes de servicio; porque la aventura ponía en movimiento á todo el personal. Cambiáronse algunas palabras en voz baja entre dichos señores y los dos padres de la Asunción. Luego éstos se hincaron de rodillas, con los brazos en cruz, orando, con la faz iluminada, transfigurada por el ardiente deseo de ver manifestarse la omnipotencia de Dios.

-¡Señor! ¡Escúchanos!... ¡Señor! ¡Atiéndenos!...

Acababan de llevarse al Sr. Sabathier. No quedaban allí más enfermos que el pequeño Gustavo, medio desnudo, olvidado en una silla. Apartáronse las cortinas de la camilla y apareció el cadáver, ya rígido, como reducido y adelgazado, con sus grandes ojos que habían quedado obstinadamente abiertos.

Había que desnudarlo, y esta faena terrible hizo vacilar un mo-

mento à los hospitalarios.

Pedro observó que el marqués de Salmón-Roquebert, que sin repugnancia alguna cuidaba asiduamente de los vivos, se había apartado, arrodillándose también por no tocar aquel cadáver. El joven cura le imitó, prosternándose á su lado.

Poco á poco, el padre Massías se exaltaba, cubriendo con su voz la

de su superior, el padre Fourcade.

-¡Señor, devuélvenos á nuestro hermanol... ¡Señor. hazlo para gloria

tuval

Uno de los hospitalario se había decidido á tirar de los pantalones del muerto; pero las piernas no cedían; era preciso levantar el cuerpo. El otro hospitalario, que desabrochaba la vieja levita, dijo en voz baja que lo más corto sería cortarlo todo con unas tijeras; de lo contrario, no acabarían nunca.

Berthaud se precipitó, después de haber consultado rapidamente algo con el barón Suire. Como hombre político, desaprobaba en el fondo al padre Fourcade por haber tentado semejante aventura. Pero ya no era posible retroceder. La muchedumbre esperaba, suplicando à Dios desde por la mañana. Lo prudente era acabar pronto, lo más respetuosamente posible con el muerto. De modo que en vez de sacudirlo para desnudarlo, Berthaud pensaba que valía más sumergirlo vestido en la piscina. Ya le mudarían la ropa, si resucitaba; y si no, ¿qué màs daba? Comunicó rápidamente sus instrucciones á los hospitalarios, y les ayudó á pasar tirantes por debajo de los muslos y por debajo de las espaldas del hombre.

El padre Fourcade aprobaba con una inclinación de cabeza, mientras que el padre Massías redoblaba en fervor.

-¡Señor, dirígile un soplo de vida, y renacerá!... ¡Señor, devuélvele

el alma para que te glorifique!

Los dos hospitalarios levantaron al hombre en peso encima de las